

muchísimo ménos comenzaron muchos que luego fueron muy allá.

ADRIANA DE WOLSEY es un libre que tiene verdadero interes, y hay páginas que no pueden leerse sin sentir los ojos humedecidos por consoladoras lágrimas de ternura. Por mis manos han pasado y en nuestras bibliotecas figuran docenas de obras traducidas del extranjero, encomiadas por la prensa, aplaudidas por el vulgo, que no valen en verdad lo que la ADRIANA DE WOLSEY.

Felicito sinceramente al autor de esta novela, que entra con paso firme en un camino donde no todo son flores de seguro, como felicito tambien al inteligente editor que le ha tendido una mano protectora.

VÍCTOR BALAGUER.

Madrid, 21 de Setiembre de 1878.

ADRIANA DE WOLSEY.

CAPÍTULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

EL FUTURO MAYORDOMO.

Las diez de la noche serian, hora en que por lo regular se solazan los sirvientes de las llamadas grandes casas en tanto que sus aristocráticos y opulentos amos brillan en los teatros y salones, cuando un hombre, alto y robusto, que contaria apenas medio siglo, limpio el rostro de barba y poblada la cabeza de áspero pelo castaño, entre cuyos mechones blanqueaban más canas de las que él quisiera, á cuyo cuerpo envolvía una librea algo chillona y no muy

nueva, metidas sus toscas manos en unos guantes de hilo blanco ceniciento, á los cuales algunos puntos escapados de sitio impedían que fuesen enteros, echada la cabeza hácia atrás, frunciendo el ceño y mirando al soslayo y por encima del hombro á cuantos junto á él pasaban, salió de un ancho portal de la calle de Espoz y Mina, atravesó la puerta del Sol y cruzando varias calles, entró en la de Toledo, metiéndose de rondón en la acreditada bañolería del tío Quico.

Era ésta una sala cuadrada que contaría á duras penas media docena de mugrientas mesas rodeadas de sillas análogas á ellas, teniendo frente á la puerta el mostrador, que cuando se construyó fué blanco y ahora de color indefinible, y pintadas en las paredes rosas amarillas y claveles azules, entre los cuales destacaban algunas figuras chabacanas que por el remate de sus piés y cabeza parecían querer ser chinos con cara de cuervos, completando tan vistoso cuadro una luz de petróleo, pendiente

del ahumado techo, que si mal alumbraba, peor olor despedía.

Entre los varios parroquianos que honraban la bañolería, ocupaban la mesa más próxima al mostrador cuatro hombres decentemente vestidos, con chaqueta y pantalón de paño pardo y sombrero de castor, los cuales, bebiendo á tragos y chupando no muy católicos cigarros, tenían fija su atención en las fichas de un dominó, en el cual, como en todo lo perteneciente al tío Quico, la mugre tapaba los puntos, cuando no los multiplicaba.

Entró en la bañolería nuestro hombre de la calle de Espoz y Mina, dándose tanto aire, que despues de pasar la puerta, cerróse ésta con tal fuerza, que se hicieron en mil pedazos dos cristales. Al discordante estrépito que éstos produjeron, acudió presuroso y muy azorado el tío y todos los asistentes, incluso los que jugaban al dominó, olvidaron sus fichas para mirar á quien que con tanto ruido se anunciaba.

— ¡Vaya, Quico, no ha sido nada, dijo el

recien llegado contestando á las lamentaciones del buñolero.

—¿Cómo que nada? dos cristales que representan la ganancia de dos dias de gran venta

—Repito que no es nada, porque yo lo pagaré.

—¡Ah, señor Lorenzo! exclamó el tío Quico ensanchando sus pulmones, no esperaba otra cosa de su mucha bondad.

—Vaya, no se hable más de esto, interrumpió Lorenzo con tono de proteccion; y tomando asiento entre los cuatro que jugaban al dominó, continuó:—guardad el juego, y vengan pronto un par de libras de azucarados buñuelos con sus dos correspondientes botellas de Jerez.

Diez ojos, incluso los del buñolero, se abrieron más de lo regular y fijaron en Lorenzo, que sonriendo desdeñosamente continuó:

—Despacha, Quico, que tengo la boca seca.

—¿De Jerez ha dicho usted, señor Lo-

renzo? preguntó el tío Quico sin quitarle el ojo.

—De Jerez he dicho, y del legítimo, cuidado con equivocarte.

—¿Qué santo es hoy? preguntóle uno de sus cuatro compañeros.

—Lo ignoro.

—¿Te ha caído el premio gordo? repuso otro.

—No juego á la lotería.

—¿Has heredado de algun pariente? objetó un tercero.

—No tengo más pariente en el mundo que mi hermana, y ésta, á Dios gracias, está sana y buena.

—Entonces, Lorenzo . . .

—¿Qué?

—¿Por qué este convite?

—En celebridad de que soy antiguo sirviente del excelentísimo señor baron del Monte.

—Pues no dicas que hace veinte años estás sirviendo á su excelencia?

—Cierto.

—¿Y te acuerdas hoy de celebrarlo?

—Sí.

—Vaya, hombre, canta lo que sea, pues algo de extraordinario te trae hoy con esos humillos y ese tamo á lo gran señor.

—Pues no me llamabais ayer pelele?

—A los hombres se les llama según sus obras. Ayer, por un cuarto de aguardiente te hubieras peleado con la sombra de tu padre, y hoy rompes cristales y los pagas sin murmurar; obsequias á tus amigos con buñuelos y Jerez, y nos miras con tal aire de protección, que parece hemos de hincharte la rodilla. ¿Quieres decirnos qué significa esto?

—Es que, como decís vosotros, ayer era un pelele y hoy me hallo en visperas de ser un gran señor ó cosa parecida.

—¿Tú?

—Yo.

—Pero hombre, ¿quieres hablar?

—Voy á ponerme al corriente de lo que ocurre.

Agrupáronse los cuatro tanto como les

permitía la mesa que estaba entre ellos, presentándose en el mismo instante el buñolero con dos libras de los azucarados y el delicioso jerezano, y dejándolo todo sobre la mesa, quedóse mirando de nuevo y con mayor insistencia á su parroquiano.

—Muy bien, Quico, dijo aquel, ahora come, bebe y escucha, pues también debo hacerte partícipe de la gran novedad.

—Vaya si escucharé, señor Lorenzo, que no me asombra á mí menos lo que en usted oigo y veo esta noche.

—Contestadme francamente á lo que voy á preguntaros.

—Sepamos.

—¿Por quién me teneis á mí?

—¡Hombre, vaya una pregunta!

—He dicho mal; quiero decir, ¿por quién me habeis tenido hasta ahora?

—Te hemos tenido y tenemos, contestó el que estaba á su lado, por un antiguo y honrado sirviente del excelentísimo señor baron del Monte, ex-gobernador, ex-diputado á Cortes, ex-senador, ex....

—Basta de ex, interrumpió Lorenzo, debeis añadir, condecorado con todas las cruces habidas y por haber y . . .

Más arruinado que el bolsillo de un cesante, objetó otro.

—Sí, pero en cambio tiene . . .

—Centenares de acreedores, que el diámenos pensado lo dejan en cueros en medio de la Puerta del Sol; dijo sin empacho un tereero.

—Si no me dejáis hablar . . .

—Te escuchamos.

—En cambio de todo esto, tiene un pariente en Indias . . .

—¡Oh, un pariente en Indias! exclamaron los cuatro.

—¡Quiero decir que tenía un pariente en Indias . . .

—¡Ah, ya! habrá muerto el pariente dejando á tu amo heredero universal.

—Tampoco es eso.

—¿Pues? . . .

—Si me interrumpís á cada palabra . . .

El pariente ha muerto dejando á su única hija heredera de veinte millones de pesos fuertes, como allá los llaman.

—Bola.

—Bola.

—Esa no cuele, exclamaron todos.

—Por mi ánima que es verdad, y si no os merezco crédito no concluyo mi relato.

—Vaya, pase lo de veinte millones, dijo uno, pero en lugar de pesos pongamos reales.

—En aquellas ricas tierras no cuentan por miserias, dijo Lorenzo.

—¿Pero tú sabes lo que son veinte millones de pesos fuertes?

—Pues tales son, no lo dudeis, y para desvanecer vuestra incredulidad, mañana encontrareis en los periódicos esta gacetilla.

«Hace poco falleció en New-York el opulento inglés lord Harri Wolsey, duque de Clarendon, dejando heredera de veinte millones de duros próximamente á su jóven hija, la cual trasladá su residencia á Espa-

ña al lado del señor Barón del Monte, persona muy conocida entre la aristocracia madrileña.»

Con estas ó parecidas palabras encabezarán mañana las gacetillas de todos los periódicos de Madrid; leedlos y juzgareis si lo que os he dicho es bala.

—Corriente, dijo uno, demos por sentado lo de los veinte millones y lo de que sean pesos y no reales, lo del parentesco de la millonaria duquesa con el arruinado barón, y lo de su venida á España. ¿Qué provecho vas tú á sacar de todo esto?

—¡Friolera! exclamó Lorenzo, haceos cuenta que á amos y á criados se nos han abierto las minas del Potosí.

—No lo comprendo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Figuraos que esta mañana, oyendo el señor barón mis lamentaciones sobre el estado de mi bolsillo: «Lorenzo, me ha dicho, pronto variará la situación de la casa, y así voy á recompensarte como te mere-

ces. Solamente habeis quedado de mis antiguos criados tu hermana y tú, el cocinero y lacayo, que gracias á tu actividad y buenas disposiciones, os multiplicais en casos dados; de manera, que nadie echará de ménos el fastuoso tren y servidumbre que á mi rango corresponde. Hasta ahora nada he podido hacer por tí; muy al contrario, te debo, lo mismo que á tu hermana, el sueldo de seis años; mas ya ha llegado el día de asegurarnos un porvenir. La llegada de mi sobrina la duquesa de Clarendon es la aurora de vuestra felicidad, pues habrá que poner la casa con el tren á que está acostumbrada, y la servidumbre en toda regla, por lo que pienso, en pago de tus buenos y largos servicios, elevarte á mayordomo y á tu hermana á ama de gobierno, ambos con un pingüe sueldo, que, si lo sabeis manejar, os hará capitalistas.»

—¿Y cuándo llega su excelencia? preguntó temblando de alegría.

—La esperamos esta semana. Conque, Lorenzo, ya lo sabes; desde mañana eres

el mayordomo de la casa, con doce mil reales que te asigno desde ahora; procura, por lo tanto, ponerte á la altura que á tu categoría corresponde. Y en cumplimiento de esta orden, continuó Lorenzo, he venido á despedirme de vosotros, pues ya comprendereis que si el simple criado podía sin humillar su dignidad pasar las noches en esta buñolería, en el primer mayordomo de la excelentísima duquesa de Clarendon sería una falta imperdonable. Quiero cumplir con mi deber con toda la delicadeza debida á mi rango.

Unánime careajada respondió á las huecas palabras del futuro mayordomo.

—Hombre, dijo uno cortando á intervalos su risa, todavía no ha llegado la duquesa, ni eres tal mayordomo, ni has cobrado un maravedí, ¿y ya soplas tan rancio?

—Desde mañana lo seré, y quiero desde mañana serlo como debo.

—¿Lo cual quiere decir que al cambiar de posición desdeñas á los que hasta ahora han sido tus amigos.

—No es eso, dijo Lorenzo; yo me acordaré de vosotros desde mi elevado puesto, y si algo puedo en vuestro obsequio, no dejaré de favoreceros. Soy agradecido y no olvido las veces que encontrándome sin blanca me habeis hecho gracia del cotidiano aguardiente.

—Ya es algo, murmuró uno.

—Lo que quiero demostraros es que no estaría decente que siendo quien soy, pasase las noches en este sitio.

—¡Oiga! ¿de qué pecado tiene que acusarse mi establecimiento para que no pueda pasar en él las noches, no digo usted, sino el mismísimo emperador de todas las Rusias? exclamó el tío Quico subiéndosele el color al rostro.

—De ninguno, hombre, de ninguno; apresuróse á contestar Lorenzo, sino que la buena sociedad y el buen tono, como dice el señor baron, nos exigen ciertas etiquetas y miramientos que...

—¡Voto á cribas! exclamó sin poder contenerse el que tenia á su lado, me dan bar-

runtos de que tu ascenso ha dado al traste con tu sentido común. ¿Con quién presume que ha de alternar el señor mayordomo del aduado y desacreditado barón del Monte?

—Ea, no riñamos con nuestro amigo, apresuróse á añadir otro con cierta intención; Lorenzo ha tenido siempre buen fondo, y no porque tanto se elove, ha de olvidarse de los míseros reptiles que deja arastrándose por el polvo.

—No lo penseis siquiera; muy al contrario, tendreis en mí un generoso protector, mientras de mi proteccion seais dignos.

—¡Bravo! exclamó otro, mirándose todos recíprocamente y mordiéndose los labios por contener la risa; con tal amigo hemos puesto una pica en Flandes. Yo acepto tu proteccion y á ella me agarro.

—Y yo.

—Y yo.

—Y todos.

—Y á mí, señor Lorenzo, dijo el tío Qui-co, que siempre le he servido los buñuelos

calientes y el vino moro, ¿no me será dado aspirar á algo?

—Mi influencia os alcanzará á todos.

—Muy bien, brindemos ahora por el nuevo mayordomo.

—Brindemos.

—Brindemos.

Y vaciando en los verduscos vasos la segunda botella de Jerez, hicieronlos chocar entre sí, pasando seguidamente el delicioso néctar á sus respectivos esófagos.

—Ahora que he concluido lo que debia deciros, me permitireis que me retire. Qui-co, añadió dirigiéndose al buñolero y dejando el asiento, apunta el gasto de esta noche con dos reales de propina que le añadió, cuenta que me presentarás y pagaré en cuanto yo cobre.

—Y diga usted, señor Lorenzo, preguntó el tío nublándosele los ojos, ¿ese cobre es á muchos dias vista?

—Hombre, en cuanto llegue la señora duquesa.

—¿La que está en las Indias?

—La que ya está en las costas españolas, pues se la espera de un momento á otro en esta invicta villa.

—¿Y cobraré en cuanto me presente?

—Sí.

—¿No me engaña usted?

—Hombre, en otra ocasion, al hacerme tal pregunta te dejo mudo; y da gracias á que en el dia no me pertenezco si dejo en su sitio á tu lengua.

—Mucho que me está usted asustando con tales bravatas; yo pido lo que es mio, y como de promesas no vivo, no me doy por satisfecho con las de usted.

—Mi palabra vale más que el oro.

—Pero con su palabra no tengo para comprar un cigarro....

—Basta, Quico, dijo uno de los compañeros, Lorenzo es incapaz de faltar á ella; y á todo evento, aquí quedamos cuatro testigos de lo que te debe.

—Está bien, señor Lorenzo, baluceó el tio humillando el tono, me fio de usted, y puesto que ha de ser esta semana la lle-

gada de la excelentísima millonaria, me resigno.

—Quedad con Dios, dijo Lorenzo.

—Con buena estrella inaugures tu nueva posicion, contestaron sus compañeros.

Salió de la buñolería el infatuado mayordomo, taladrando las negras baldosas con los tacones de sus remendadas botas, y sus cuatro camaradas le miraron marchar murmurando uno de ellos.

—¡Habrá estúpido!

—Si llega á ser lo que dice, ¿quién se le acerea? prosiguió otro.

—Mas como ningún provecho nos reporta malquistarnos con él, bien hemós hecho en tolerar sus necedades, repuso el tercero.

—De su amo aprende á ser tonto de capirote.

—Dicen que es el hombre más entrampado de Madrid.

—De tal modo, que hasta debe losóforos con que enciende el cigarro.

—Y gastan, sin embargo, y triunfan ellos....

—Toma, poco mérito tiene: con la misma moneda que su criado paga el amo todo lo que debe.

—Hasta que sus acreedores le embarquen la camisa.

—No, hombre, ahora llegará la parienta de las Indias y la explotarán de lo lindo.

—¿Y creen ustedes que lo de la parienta es cierto? preguntó desazonado el tío Quico.

—Casi aseguraría que sí, pues hasta ahora Lorenzo solo sabia lamentarse; y por lo mismo, los humillos que hoy traía, de algo son nacidos.

—¡Quiéralo Dios! murmuró el buñolero.

—¡Pobre parienta! Mucho me temo que escaparás de Madrid con las manos en la cabaza. ¡Buenos gavilanes te aguardan!

Así diciendo, levantáronse los cuatro compañeros, despidiéndose en la puerta para encaminarse cada uno á su respectiva vivienda, y mientras el tío Quico, pen-

sativo y cabizbajo, recogía los chismes que quedaron en la mesa y pasaba por ella un pringoso paño, el feliz mayordomo recorria las mismas calles que una hora ántes, pero en sentido inverso, penetrando de nuevo en el ancho portal de la calle de Espoz y Mina, risueño el semblante, coloradas las mejillas y dándose aire con su gorra de charol, á pesar de estar á mediados de Enero.